

EL CASO PADILLA Y LAS REDES DE ESCRITORES LATINOAMERICANOS

Germán Alburquerque Fuschini (*)

Mi unicornio azul ayer se me perdió
Silvio Rodríguez

INTRODUCCIÓN

Como “Caso Padilla” se conoce el conflicto que vivió el escritor cubano Heberto Padilla al ser detenido por la seguridad del Estado de Cuba en 1971. El objetivo de esta investigación es recrear aquellos sucesos, por una parte y, por otra, desentrañar significados y efectos que el asunto generó entre la intelectualidad latinoamericana.

Mi interés es situar el caso dentro de la historia de las redes de escritores latinoamericanos de la década del 60, lo que a su vez se enmarca dentro de una reflexión acerca de las redes intelectuales como categoría de análisis. Ésta pretende ser un aporte a la historia de las ideas y de la cultura en tanto instancia de elaboración colectiva de pensamiento –no sólo individual- que además ilumine las relaciones intergeneracionales entre intelectuales de distintas regiones geográficas. Por red intelectual se entiende un conjunto de intelectuales –escritores, artistas, pensadores o científicos- que establece relaciones entre sí con una cierta permanencia temporal. Dichas relaciones aluden al conocimiento personal, a la amistad, al diálogo epistolar, al intercambio de libros, etc., calificadas todas ellas como contactos directos.

(*) Licenciado en Historia, Universidad Católica de Chile. Estudiante de Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile. [galbur@entelchile.net](mailto:g.albur@entelchile.net)

Una segunda gran familia de relaciones son los contactos indirectos, especialmente la pertenencia a una misma asociación o la participación en eventos o congresos. Todos estos vínculos son los que le dan vida y forma a una red intelectual. En una línea similar, red intelectual puede comprenderse como una extensión del concepto de campo intelectual elaborado por Pierre Bourdieu¹, aunque por ahora no se han estrechado lazos con tal lectura.

En el caso de los escritores de los años 60, he establecido en un trabajo previo² la existencia de una red amplia que agrupó a creadores latinoamericanos aunados por la militancia de izquierda, la adhesión a la revolución cubana, la promoción de la integración continental y, en buena medida, la identificación con el llamado “boom” de la narrativa latinoamericana. Hablo de red amplia porque en rigor no se constituye una sola red reconocible y formal, sino varias “sub-redes” vinculadas entre sí y que se materializaron en instancias como el Congreso de Intelectuales de la Universidad de Concepción (Chile, 1962); el Encuentro de Génova, donde se fundó la Comunidad Latinoamericana de Escritores (1965); el Primer Congreso Latinoamericano de Escritores (Arica, Chile, 1966); el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores (Ciudad de México y Guadalajara, 1967); el Encuentro Latinoamericano de Escritores (Concepción, Valparaíso y Santiago de Chile, 1969); y el Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores (Puerto Azul, Venezuela, 1970). Entre los literatos más representativos, participaron de estos eventos Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, José Donoso, Marta Traba, Gabriel García Márquez, Roberto Fernández Retamar, Thiago de Melo, Mario Benedetti, Ernesto Sábato, Julio Cortázar y Gonzalo Rojas.

He señalado en el mismo artículo que en la formación de estas redes jugó un rol preponderante la Revolución Cubana, en cuanto bandera de lucha e ideal compartido y aglutinador para los escritores. Además, el gobierno cubano y la Editorial Casa de las Américas impulsaron la solidaridad y la integración entre los escritores latinoamericanos a través de distintos mecanismos, como congresos, mesas redondas, publicaciones, encuestas, premios, etc³.

La tesis central de esta investigación expresa que en el debilitamiento de las redes -que se verifica en la década de los 70- Cuba también fue clave, pero esta vez por la división que causó el caso Padilla. Por supuesto que no es el único factor. Tanta o más importancia puede asignársele a la proliferación de dictaduras militares

¹ Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995 (1ª edic. en francés, 1992).

² Alburquerque, Germán, “La red de escritores latinoamericanos en los años 60”, *Revista Universum*, N°15, Universidad de Talca, 2000.

³ Cfr. Fornet, Ambrosio, “Casa de las Américas: entre la revolución y la utopía”, en Sosnowski, Saúl (ed.), *La cultura de un siglo: América latina en sus revistas*, Alianza, Buenos Aires, 1999, pp. 421-437.

en el continente, al desgaste del fenómeno literario del *Boom* o a un recambio generacional entre los literatos. Es un tema que se debe estudiar, mas lo que aquí pretendo es simplemente examinar la incidencia del caso Padilla en el declinar de las redes. Probablemente no logre obtener conclusiones definitivas, ya que me limitaré sólo a las repercusiones inmediatas del caso y no estudiaré sus efectos a largo plazo.

Con todo, la idea de que el caso Padilla trizó las relaciones entre los intelectuales latinoamericanos no es mía, no es nueva, ni es para nada sorprendente. Es un hecho público y demás conocido. Conozcamos lo que decía José Donoso en el mismo 1971: “[El caso Padilla] rompió esa amplia unidad que durante tantos años acogió muchos matices políticos de los intelectuales latinoamericanos, separándolos ahora política, literaria y afectivamente en bandos amargos e irreconciliables. El caso Padilla, con todo su estruendo, puso fin a la unidad que vi aflorar entre los intelectuales latinoamericanos por primera vez (...) en aquel Congreso de Intelectuales de la Universidad de Concepción en 1962”⁴.

También fue muy publicitado el encontrón entre dos viejos amigos como Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa a raíz del caso. Por todo lo anterior mi tesis no es original. Pero lo que quiero exponer aquí son las reacciones concretas e inmediatas que el *affaire* generó, claro que antes me abocaré a cumplir el objetivo básico de mi trabajo: recrear los hechos, labor en la que me detendré quizás más de lo aconsejable por el placer de narrar un suceso más que emocionante.

ANTECEDENTES

Heberto Padilla nació en Cuba en 1933. Se dedicó a la literatura destacándose como un promisorio poeta. El estallido de la Revolución Cubana lo sorprendió en Estados Unidos, donde residía y trabajaba como periodista. No participó pues en el proceso liderado por Fidel Castro que, en 1959, derrocó al dictador Batista, liberó a la isla de la dependencia norteamericana e instauró un gobierno democrático que pronto se declararía socialista. Padilla adhirió a la causa revolucionaria y, de vuelta en Cuba, vivió con entusiasmo los primeros años de la nueva Cuba. Trabajó para el Estado desempeñando labores diplomáticas en Europa, especialmente en la Unión Soviética. Hacia 1966 se hallaba de vuelta en Cuba...

La Revolución Cubana significó un fuerte impulso para la cultura del país. Se creó la Casa de las Américas, editorial que concentró la actividad artística y literaria sobre todo a través de su revista homónima. Señalé más arriba cómo Casa de las Américas se convirtió en el principal referente de la intelectualidad latinoamericana de la época, acogiendo y divulgando las obras e ideas de narradores, poetas y ensayistas. El premio Casa de las Américas se constituyó, a su vez, en el más valorado

⁴ Donoso, José, *Historia personal del “Boom”*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1997, p. 93.

galardón del continente, estimulando la creación literaria en todas sus expresiones. Paralelamente, se formó la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), organismo que agrupó a la intelectualidad local con el propósito de secundar las políticas culturales del gobierno de Castro. Aparte de la literatura, que disfrutó de una ferviente actividad, alcanzaron un importante desarrollo la música –la Nueva Trova- y el cine.

Heberto Padilla formaba parte de una generación de talentosos escritores cubanos marcados por el fuego de la Revolución. Reconocido como uno de los poetas más prometedores y el más representativo de la nueva hornada, a nadie sorprendió que Padilla se adjudicara en 1968 el concurso organizado por la UNEAC con el poemario **Fuera del juego**. El premio fue concedido por un jurado internacional, mas a la UNEAC no le pareció atinada la decisión. El texto les pareció políticamente incorrecto, como diríamos ahora, incluso contrarrevolucionario. Ya Fidel Castro había indicado el camino a los intelectuales: “Dentro de la Revolución, todo; fuera de la Revolución, nada”. Obviamente, **Fuera del juego** les parecía a los escritores -valga la redundancia- fuera de la Revolución. La UNEAC incluso dificultó la publicación del libro, estipulada en las bases del concurso, pero finalmente accedió tras incluir un prólogo en el que se desentendían del fallo del jurado y en el que advertían del peligroso contenido. Padilla, en cualquier caso, nunca recibió ni el viaje a la URSS ni los mil pesos en que consistía el premio. La verdad es que de los poemas del libro emana un sentimiento melancólico con respecto a los mejores años de la Revolución. Se extraña el idealismo de los primeros días y se fustiga la burocracia imperante en el momento. No se trata, con todo, de una lírica contrarrevolucionaria, aunque sí podría calificarse de revisionista⁵.

Padilla fue de algún modo estigmatizado en el ambiente cultural cubano. Poco antes otro conflicto lo había amenazado. Criticó una obra de Lisandro Otero para defender **Tres tristes tigres** de Guillermo Cabrera Infante, entonces un joven e irreverente escritor. Desde 1968 hasta 1971, Padilla sufrió aislamiento y marginación. Por otra parte, se cultivó –sobre todo en el extranjero- la imagen de un Padilla disidente y rebelde, lo que no se ajustaba del todo a la realidad...todavía.

ESTALLA EL CASO PADILLA

En 1971 Jorge Edwards, escritor chileno y diplomático de carrera, fue designado Encargado de Negocios en La Habana. Recién había asumido Salvador Allende como presidente de Chile y el nombramiento suponía la reanudación de las relaciones entre ambos países y el paso previo al establecimiento de la embajada. Los cortos

⁵ Así reza *Poética*: Di la verdad / Di, al menos, tu verdad. / Y después / deja que cualquier cosa ocurra: / que te rompan la página querida, / que te tumben a pedradas la puerta, / que la gente / se amontone delante de tu cuerpo / como si fueras / un prodigio o un muerto.

meses que alcanzó a estar Edwards en Cuba dieron origen al testimonio **Persona non grata**. En él relató su ajetreada estadía y en especial su abrupta salida del país. ¿Qué sucedió?

Desde su arribo, el Encargado de Negocios de Chile se relacionó con viejos amigos escritores, entre los cuales se encontraba Heberto Padilla. Con él y otros –José Lezama Lima, Pablo Armando Fernández, José Rodríguez Feo, Miguel Barnet, Belkis Cuza Malé (mujer de Padilla)- sostuvo calurosas reuniones en las que se hablaba sin reservas de la situación cubana. La visión de Edwards era tan escéptica como la de sus amigos, que constituían un núcleo de escritores distantes del oficialismo. La aguda y ácida crítica de Padilla, en especial, y de sus amigos hacia el proceso cubano, si bien no era opuesta a la Revolución, despertó el resquemor de la Seguridad del Estado cubano. Edwards, acusado de frecuentar el grupo y de enlodar la imagen internacional de Cuba, debe abandonar el país. El propio Fidel Castro se encargó de despedirlo, señalándole que había sido acusado al gobierno chileno confiando que allí le aplicarían la sanción apropiada. En el encuentro, Fidel escuchó los argumentos del Encargado de Negocios y en cierto modo se arrepintió de su acusación. De todos modos, el gobierno de Allende desestimaría el informe cubano.

A Heberto Padilla no le fue mejor, al contrario. En su testimonio, Edwards confecciona un retrato del poeta que revela una personalidad patética, presumida y ampulosa. En los múltiples encuentros que ambos sostuvieron, Padilla vociferaba sus corrosivos comentarios, intercalados con amplias risotadas, sin temor de ser escuchado o denunciado. “ ‘Tienes que tener cuidado’, le decía Edwards, ‘¡No seas loco!’ Él se rió. Sostuvo que el régimen tenía una imagen que cuidar entre los intelectuales europeos de izquierda; Padilla estaba convencido de que la amistad y la solidaridad de todos ellos era una defensa inexpugnable”⁶. En efecto, la Seguridad del Estado espía a Padilla y a Edwards, pero al poeta eso no le importaba. Pensaba, además, que sus amistades en el gobierno lo protegían⁷.

En enero del 71, Padilla se dio el lujo de dar un recital en la UNEAC: *Provocaciones*, se llamaba el poemario, título más que sugerente. La nutrida concurrencia, los aplausos y la presencia de representantes diplomáticos acentuaban la sensación de seguridad en Padilla que, con todo, no se prolongaría mucho.

Por esta época Padilla terminaba su novela **En mi jardín pastan los héroes**. Para trabajar con mayor tranquilidad solicitó se le instalase en un hotel, facilitándole –el gobierno- una suite en el Havana Riviera, donde se hospedaba Edwards. Fue cuando el desenfado de Padilla se transformó en paranoia, la que se concentró en el cuidado

⁶ Edwards, Jorge, **Persona non grata**, Seix Barral, Barcelona, 1982 (versión completa), p. 149.

⁷ En sus memorias, Padilla reconoce la validez del testimonio de Edwards: “Cuando quiero aprender del ser desesperado y autodestructivo que fui entonces, leo algunos de esos capítulos por donde me deslizo como terco polichinela de quien el autor no puede separarse”. Padilla, Heberto, **La mala memoria**, Plaza y Janes, Barcelona, 1989, pp. 147-148.

del manuscrito de su novela: “Mostraba de pronto el manuscrito y al rato se lo quitaba a uno de las manos, como si le costara desprenderse de él. Puse la vista en una página y alcancé a leer que se dialogaba sobre checos y rusos (...). Pero Heberto, frenético, me arrebató el manuscrito. (...) Andaba por todas partes con el volumen bajo el brazo, como si adivinara o supiera que proyectaban quitárselo”⁸. Pronto se turnaría con Belkis Cuza, su esposa, para portar el texto. Ella, además, conocía del estado de Heberto llamándolo varias veces al día.

Días más tarde, “Padilla estaba sobre excitado, enloquecido, y Belkis, en algunas oportunidades, parecía echar leña a la hoguera. Padilla protestaba a gritos, por ejemplo, en pleno comedor [del hotel], porque no le traían una ensalada a tiempo, o vociferaba indignado desde su mesa porque alguien en la mía no había pedido el puro a que tenía derecho, perdiendo así la posibilidad de habérselo cedido. En una ocasión, al final de una tertulia en mi pieza en que se había bebido bastante, se puso a gritar en dirección a los supuestos micrófonos empotrados en los rincones: ‘¿Escuchaste, [Comandante] Piñeiro?’ (...). La indiscreción y la egolatría de Padilla se habían tornado francamente peligrosas”⁹. En verdad, tanto el recital de *Provocaciones* como sus indisimuladas críticas al gobierno o el sospechoso contenido de **En mi jardín pastan los héroes**, terminaron por saturar el celo del aparato de seguridad.

Tras un largo y extraño paseo al que fue invitado, volvía una noche a su hotel Jorge Edwards. Lo interceptaron tres amigos, quienes le entregaron un papel: “Heberto y Belkis están presos desde ayer. No conocemos los motivos de la detención. El departamento está sellado por el Ministerio del Interior”¹⁰.

Horas más tarde Edwards se entrevistaría con Fidel Castro, quien le acusó de ser... “¡una persona hostil a la Revolución Cubana! ¡Y hostil a la Revolución Chilena! Usted fue rodeado desde el primer día por elementos contrarrevolucionarios, enemigos de la Revolución, interesados en darle una visión negativa de la situación cubana, que usted después iba a transmitir a Chile.(...) Habría sido una estupidez nuestra no vigilarlo”¹¹. Edwards le expresó que sus amigos no eran agentes del enemigo, sino sólo críticos al proceso: “Tomemos el ejemplo de Heberto Padilla (...). Su crítica siempre se situó dentro de la izquierda. (...) Estoy convencido de que no es un agente de nadie. Es un hombre difícil, si usted quiere: caprichoso, con un sentido crítico agudo”¹². Como se dijo, Castro modificó su actitud inicial y al finalizar la

⁸ Edwards, Op. cit., p. 168.

⁹ Ibid., p. 282.

¹⁰ Ibid., pp. 330-331.

¹¹ Ibid., pp. 334-335.

¹² Ibid., pp. 341-342.

reunión hasta simpatizaba con Edwards. Pero, en esos momentos, ¿qué suerte corría Heberto Padilla?

LA MALA MEMORIA

El día que expiraba con la conversación entre Edwards y Fidel había comenzado muy temprano para Heberto Padilla. A las siete de la mañana de aquel 20 de marzo, recuerda, “la Seguridad abrió la puerta de un empujón y fui conducido en automóvil, entre dos policías, hasta la antigua residencia de los ‘Hermanos Maristas’, casi en las afueras de La Habana (...), un laberinto de pasillos y escaleras, con celdas consecutivas como un remedo de las prisiones medievales”¹³.

Era el edificio de la Seguridad del Estado. Allí fue fichado, revisado y desnudado como cualquier detenido, confinado a una celda individual y acusado formalmente “por atentar contra los poderes del Estado”. Se le culpaba de trabajar para el enemigo, es decir, de ser agente de la CIA, cargos todos negados enfáticamente. Lo interrogaron: “¿Te creías intocable, el artista rebelde e intocable que se pasa el tiempo acusándonos de fascistas? ¡Que te íbamos a perdonar todas tus travesuras contrarrevolucionarias?”¹⁴. Para presionarlo, le informaron que su esposa también estaba presa y que sufría trastornos nerviosos. Su proyecto de novela también irritaba a la Seguridad: “Les indignaba el título *En mi jardín pastan los héroes*, porque pastar sólo pueden las bestias, por ejemplo el caballo, que es uno de los nombres con que también llaman a Fidel”¹⁵. Al cuarto día de detención el grueso manuscrito serviría al interrogador para golpearlo en la cabeza. Padilla no supo más hasta que despertó en el Hospital Militar de Marianao, mareado, afiebrado, dolorido y sangrante.

En el Hospital recibió la visita de Fidel Castro, quien le dijo: “‘Hoy tengo bastante tiempo para hablar contigo, (...) además, tenemos bastante de qué hablar’. Sí, tuvimos tiempo sin duda para hablar, o para que él hablara y se explayara a su gusto, y se *cagara* en toda la literatura del mundo”¹⁶. Nada más dice Padilla del encuentro, lo que resulta extraño.

De vuelta en la Seguridad del Estado continuaron los interrogatorios. Le sugirieron entonces que escribiera una carta reconociendo los errores cometidos, a lo que Padilla accedió redactando una nota en que se declaraba “irresponsable”. La misiva fue rechazada y Padilla obligado a escribir otra, más explícita, donde enumerara “punto por punto todas tus actividades con el enemigo”¹⁷. El resultado fue más de

¹³ Padilla, Heberto, *La mala memoria*, Op. cit., pp. 148-149.

¹⁴ Ibid., p. 150.

¹⁵ Ibid., p. 157.

¹⁶ Ibid., p. 164.

¹⁷ Ibid., p. 171.

treinta folios de confesión, escritos en menos de tres horas. Todavía con la salud quebrantada y víctima de fuertes delirios, Padilla fue trasladado a un gimnasio donde varios policías hacían deporte: “Entonces se lanzaron a una especie de rito macabro: repetían líneas de mis poemas y me levantaban y me tiraban de uno a otro lado. Los golpetazos eran cada vez más continuos contra aquel suelo de madera. La cabeza, la frente, las piernas, mi cuerpo todo se hizo un amasijo de dolor. Lo último que recordé fue un topetazo en la nariz y en las sienes”¹⁸.

Luego de múltiples interrogatorios y ante la ausencia de evidencia, la Seguridad del Estado decidió ponerlo en libertad. Además, en el exterior se hablaba demasiado de un caso que se estaba convirtiendo en escándalo. La fórmula ideada para acallar las reacciones fue montar el acto de autocrítica.

Tras 37 días de detención, Heberto Padilla fue liberado a las doce de la noche del 26 de abril.

LA FARSA

“Debía memorizar la autocrítica que había escrito en la Seguridad del Estado reconociendo mis errores y los de mis amigos de modo que pudiera repetirla textualmente en una reunión privada de los miembros más importantes de las distintas secciones de la Unión de Escritores y Artistas”¹⁹. Esa era la condición para recuperar la libertad. El acto fue organizado sin demora.

La noche del 27 de abril Padilla expuso ante sus camaradas su célebre autocrítica, en la que además inculpaba a sus amigos, quienes, coludidos, también debían pasar al frente y golpearse el pecho. Terminado el acto, “todos los presentes nos rodearon y nos abrazaron. Ni siquiera Norberto Fuentes, que escenificó con brillantez el papel de discrepante que la Policía le había asignado, pudo escapar a la efusión de los presentes. (...) Los últimos abrazos de la noche vinieron del grupo de policías que celebraban con nosotros un acto donde la represión triunfaba, donde la efusiva sumisión a las órdenes nos había transformado en dóciles marionetas para la satisfacción del Comandante”²⁰. La sesión fue grabada y difundida a través de Prensa Latina, la agencia noticiosa cubana. El objetivo era disuadir a la intelectualidad internacional y demostrar la generosidad del gobierno para con los literatos opositores, pero lo más probable es que se generó el efecto contrario.

La autocrítica de Padilla ha suscitado diversas interpretaciones. Para algunos, se traicionó a sí mismo, a sus amigos y hasta a su esposa. Para otros, se burló de la Policía, redactando un texto al mejor estilo de famosas autocríticas de la esfera

¹⁸ Ibid., p. 173.

¹⁹ Ibid., p.181.

²⁰ Ibid., p.196.

soviética. Lo más probable, en definitiva, es que el texto fue redactado por Padilla a instancias de Seguridad, que su confesión no es para nada sincera y que si debió inculpar a sus amigos fue por que no le quedaba otra salida: a Padilla le urgía su libertad pero más le preocupaba la salud de su esposa. Las lecturas que Jorge Edwards realiza de la confesión reflejan bien las dudas que generó. Dice: “Padilla dejó muy mal a los que tomaron su defensa. En la historia del socialismo, otros asumieron hasta las últimas consecuencias la representación de una línea divergente (...). Padilla se demoró muy poco en renegar”. Años más tarde el autor agregaría a pie de página: “Ahora pienso que juzgar la conducta de Padilla desde ese punto de observación era excesivamente fácil”²¹.

La intervención de Padilla en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba²² consta de unas cuatro mil palabras (cantidad nada fácil de memorizar). En ella, Padilla no escatima adjetivos y su tono redundante parece querer alejar cualquier tipo de dudas. “Yo he cometido muchísimos errores, errores realmente imperdonables, realmente censurables, realmente incalificables. Y yo me siento verdaderamente ligero, verdaderamente feliz después de toda esta experiencia que he tenido, de poder reiniciar mi vida con el espíritu con que quiero reiniciarla”²³. Se avergüenza de haber criticado la Revolución, más aun, de injuriarla y difamarla, incluso ante extranjeros. Luego se arrepiente incluso de aquella vieja rencilla por criticar a Otero y defender a Cabrera Infante, a quien califica ahora de agente de la CIA.

Agradece a la Revolución el estar libre (“no lo merecía”); arremete contra quienes lo defendieron afuera (“viven otras experiencias”); abjura de **Fuera del juego** (“lleno de amargura”); confiesa buscar figuración internacional, en fin. De **En mi jardín pastan los héroes** prefiere ni siquiera nombrar su título, “porque yo he roto y romperé cada uno de los pedacitos que pueda encontrarme algún día, delante de mis zapatos, de esa novela que es un bochorno”²⁴.

Luego viene lo más delicado, la acusación a su mujer y a sus amigos. En un tono fraternal interpela a cada uno, les enseña sus equivocaciones, les indica el camino a seguir y los desafía a “levantarse y desmentirme”. Belkis Cuza, Pablo Armando Fernández, César López, José Yanes, Norberto Fuentes, Manuel Díaz Martínez, José Lezama Lima... “Lezama no es justo y no ha sido justo, en mis conversaciones con él, en conversaciones que ha tenido delante de mí con otros escritores extranjeros, no ha sido justo con la Revolución. Ahora, yo estoy convencido de que Lezama sería capaz de venir aquí a decirlo, a reconocerlo”²⁵. En efecto, el autor de **Paradiso** había

²¹ Edwards, Op. cit., p. 66.

²² Reproducida en *Casa de las Américas*, La Habana, N° 65-66, marzo-junio, 1971, pp. 191-203.

²³ *Ibid.*, p. 191.

²⁴ *Ibid.*, p. 193. El libro se publicó finalmente en 1991, en Barcelona.

²⁵ *Ibid.*, p. 201.

sido consultado y estaba al tanto de la farsa.

Finaliza su discurso haciendo un llamado a los escritores para que asuman un compromiso más decidido con el curso de la Revolución, pues reconoce que hasta entonces el aporte ha sido exiguo.

REACCIONES

Desde el momento que se supo la noticia, intelectuales tanto dentro como fuera de Cuba se movilizaron para reclamar la libertad del poeta. Naturalmente, los escritores cubanos poco pudieron hacer y fueron silenciados, pero afuera la reacción de los amigos de Padilla se hizo escuchar. Justamente en esa reacción confiaba Padilla antes de su detención como un escudo que lo protegía de sus indiscreciones, y si bien no impidió que se le detuviera, sí presionó para que se le liberara.

Rápidamente la noticia se convirtió en tema obligado para la prensa internacional, lo que causó preocupación en Cuba. Desde la isla las informaciones eran escuetas, por lo que los rumores cundían y el escándalo crecía. En ese contexto apareció la más famosa de las declaraciones, la publicada por el periódico francés *Le Monde* el 9 de abril, a veinte días de la detención. Se trataba de la Carta de los Cien Intelectuales, dirigida a Fidel Castro, que en sus párrafos principales manifestaba: “Los abajo firmantes, solidarios de los principios y objetivos de la revolución cubana, se dirigen a usted para expresar su preocupación ante el arresto del poeta y escritor Heberto Padilla, y para solicitar de usted tenga a bien examinar la situación creada por dicho arresto”²⁶. Entre las firmas destacan las de Carlos Barral, Ítalo Calvino, José María Castellet, Simone de Beauvoir, Jean Paul Sartre, Marguerite Duras, Juan y Luis Goytisolo, Alberto Moravia, Hans Magnus Enzensberger, Carlos Franqui, Jorge Semprun, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Octavio Paz.

Tras la publicitada autocrítica, los ánimos se encendieron en vez de calmarse. Para Octavio Paz, “todo esto sería únicamente grotesco, si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en casta burocrática y al dirigente en César”²⁷. García Márquez, en tanto, declaraba que “yo no sé si Padilla le ha hecho daño a la Revolución como se dice; pero su autocrítica sí se lo está haciendo, y mucho”²⁸. Julio Cortázar, por cable, solidarizaba con Padilla: “Me siento más que nunca tu hermano”²⁹. Vargas Llosa

²⁶ Revista *Mensaje*, “El ‘Caso Padilla’”, Santiago, vol. XX, N° 199, junio 1971, p. 230.

²⁷ En Revista *Siempre*, citado por Padilla, Op. cit., p. 197.

²⁸ Citado por Padilla, Op. cit., p. 198.

²⁹ Padilla, Op. cit., p. 199.

sería aún más duro al enjuiciar la autocrítica: “Conozco a todos ellos [los escritores que confesaron] lo suficiente como para saber que ese lastimoso espectáculo no ha sido espontáneo, sino prefabricado como los juicios estalinistas de los años treinta”³⁰.

Tanto las cartas como otras declaraciones recibieron una agresiva condena de parte de Casa de las Américas y de intelectuales cubanos y latinoamericanos. Los europeos y latinoamericanos que firmaron en *Le Monde* son el principal blanco de los ataques: “La prensa capitalista desató una calumniosa campaña contra Cuba, a la cual colaboraron algunas decenas de intelectuales colonizadores, con su secuela de colonizados, de destartalada ideología, quienes aprovecharon una coyuntura para mostrar su verdadero rostro, contrario a la Revolución, y prestar servicios conscientes o no al imperialismo norteamericano”³¹.

Junto a esta declaración de Casa de las Américas se publica una serie de cartas de apoyo a la Revolución y de condena a los intelectuales firmantes, a quienes se les reprocha adherir a un contrarrevolucionario confeso, en circunstancias que Cuba sostiene una lucha sin cuartel con el imperialismo. Aparecen: “Llamamiento de los premios nacionales del Perú a los intelectuales de América Latina”, “Declaración de los cineastas cubanos”, “Declaración de la UNEAC”, “Declaración de intelectuales uruguayos”, “Declaración de intelectuales chilenos”, “Mensaje de intelectuales colombianos”, “Cable de intelectuales ecuatorianos” y “Declaración de intelectuales mexicanos”³². Entre los firmantes se descubren los nombres de Alejo Carpentier, Roberto Fernández Retamar, Nicolás Guillén, Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti, Gonzalo Rojas, Manuel Rojas, Francisco Coloane, Oswaldo Guayasamín, David Alfaro Siqueiros, entre otros.

Se observa pues que mientras un grupo importante de intelectuales se alineaba con la Revolución, otro se distanciaba marcando la división entre la intelectualidad latinoamericana. Además, los escritores más emblemáticos de las redes entraron en conflicto con La Habana, que dejó de ser motivo de consenso e inspiración.

Mario Vargas Llosa rompió para siempre con Cuba y con Casa de las Américas, renunciando inmediatamente al comité editorial de la revista: “Comprenderá [escribe a Haydée Santamaría, directora de Casa] que es lo único que puedo hacer luego del discurso de Fidel fustigando a los escritores latinoamericanos que viven en Europa, a quienes nos ha prohibido la entrada en Cuba por tiempo indefinido e infinito. ¿Tanto ha irritado nuestra carta pidiéndole que esclareciera la situación de Heberto Padilla?”³³. Santamaría, en su dura respuesta, califica la carta como “la imagen viva

³⁰ Carta de Mario Vargas Llosa a Haydée Santamaría, reproducida en *Casa de las Américas*, La Habana, N° 67, julio-agosto, 1971, p. 140.

³¹ *Ibid.*, p. 139.

³² *Ibid.*, pp.145-167.

³³ *Ibid.*, p. 140.

del escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos, vanidoso, confiado en que escribir bien no sólo hace perdonar actuar mal, sino permite enjuiciar a todo un proceso grandioso como la Revolución cubana”³⁴.

Julio Cortázar se enfrascó asimismo en un delicado intercambio epistolar con la misma Haydée Santamaría. Su firma en la declaración de *Le Monde* fue difícilmente perdonada en Cuba, pese a las posteriores justificaciones del argentino. Cortázar se quejaba de no haber recibido información alguna al momento de la detención de Padilla, que incluso en la embajada cubana en París se topó con silencios, evasivas o descalificaciones. Declara que le resultó imposible no asociarse “a un pedido de información que un grupo de escritores se creía con derecho a hacerle a Fidel. Más claro, imposible: era una manera amistosa, de compañero a compañero, de decirle: hay cosas que se pueden aguantar hasta un cierto límite, pero más allá se tiene derecho a una explicación, porque lo contrario supone desprecio o culpa”³⁵.

Gabriel García Márquez, si bien firmó la carta a Fidel, no cayó en desgracia y por su parte no se distanció de la Revolución. Mantuvo (y mantiene) su defensa y apoyo, solidificando su amistad personal con Fidel Castro. Carlos Fuentes, en cambio, no volvió a visitar la isla -a la que en su tiempo dedicó su más irrestricta solidaridad-, aunque nunca se ha referido públicamente en su contra³⁶.

Quizás donde mejor se evidencian las rupturas que la detención de Padilla generó es en la revista *Libre*. Ella fue fundada en París por autores como Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, José Donoso, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez. Para María Eugenia Mudrovic, *Libre* “supone la institucionalización del boom como grupo y funciona como tabla de lanzamiento desde donde el Olimpo sesentista aspiró a concretar sus hasta entonces vacilantes pretensiones de intervención en la esfera social”³⁷. La aparición del primer número coincidió con el caso Padilla, originándose dos declaraciones, la primera redactada por Cortázar y Juan Goytisolo, y la segunda por Vargas Llosa y el propio Goytisolo. Esta última era más agresiva y calificaba de “penosa mascarada” la autocrítica del poeta. Cortázar se negó a firmarla, retractándose parcialmente de su posición anterior. El hecho fracturó al grupo. Más tarde se distanciarían de la revista Gabriel García Márquez, Juan Gelman y Francisco Urondo³⁸. Juan Goytisolo recuerda a propósito de la corta vida -sólo cuatro entregas- de la revista: “Las relaciones personales que unían a sus iniciadores (...) se agriaron

³⁴ Ibid., p. 142.

³⁵ *Casa de las Américas*, La Habana, N° 145-146, 1984.

³⁶ Castañeda, Jorge, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Ariel, Buenos Aires, 1993, p. 205.

³⁷ Mudrovic, María Eugenia, “América latina desde París (a propósito de *Libre*)”, en Sosnowski, *Op. cit.*, p. 444.

³⁸ Ibid., pp. 442-443.

y, en cierto modo, terminaron allí. Sentimientos de duda, recelo y aun franca hostilidad sustituyeron la vieja cordialidad y camaradería. Un gato negro había cruzado inopinadamente el domicilio de la revista: el célebre caso Padilla”³⁹.

Se quebraba así la unidad que la Revolución Cubana –entre otros factores- había forjado. Insisto en que se debe estudiar a más largo plazo el posterior desarrollo de las redes de escritores, pero aquí he querido establecer cómo ante el caso Padilla surgieron inmediatamente dos visiones y posiciones totalmente contrapuestas.

REPERCUSIONES

Heberto Padilla después de los sucesos permaneció en Cuba hasta 1980. Trabajó como traductor en la editorial Arte y Literatura, mientras Belkis lo hacía como correctora de pruebas de la *Nueva Gaceta de Cuba*. Años monótonos para Padilla, que además debía soportar la hostilidad de las autoridades. En 1972 nació Ernesto, primer hijo del matrimonio. Para Padilla era su tercer hijo: tenía dos de un matrimonio anterior. Su ex esposa pudo salir hacia España, donde hizo gestiones para permitir que Padilla emigrara. Lo mismo hizo su amigo García Márquez, quien aprovechaba su influencia en Fidel. Belkis y Ernesto salieron en 1979 hacia Estados Unidos, intensificando los contactos. Finalmente, en 1980 Padilla abandona Cuba para trasladarse a Estados Unidos, donde trabajó de profesor universitario. Publicó algunos libros, pero no logró consagrarse como el escritor que insinuó. Murió en pleno año 2000.

Tras el caso Padilla muchas cosas cambiaron entre la intelectualidad de América latina. Ya se ha descrito cómo se dividieron los escritores en dos bandos, quebrando una red que además tenía en Cuba y en la Casa de las Américas su mayor soporte. Pero, más allá de que se alzaran posiciones divergentes, el caso Padilla tuvo otro efecto, menos evidente pero más profundo: la imagen de Cuba no volvería a ser la misma. Hasta entonces, la Revolución Cubana representaba la luz a seguir por las demás naciones del continente. Se le admiraba su espíritu libertario, independiente, solidario. Era el ideal que aglutinaba las voluntades de los escritores, la tierra utópica que conduciría a nuestros pueblos a la prosperidad, en definitiva, un elemento de identificación que daba consistencia a las redes intelectuales. Todo eso se derrumbó con el caso Padilla. Para ser justos, se había empezado a derrumbar antes, sólo que pocos lo habían advertido.

Lo cierto es que a mediados de la década del 60 una sombra de duda se instaló cuando escritores cubanos redactaron una carta de censura contra Pablo Neruda, reprochándole asistir a la reunión en Nueva York del Pen Club y haber aceptado

³⁹ Goytisolo, Juan, *En los reinos de Taifa*, citado por Mudrovcic, *Ibid.*, p.449

una condecoración del presidente peruano Fernando Belaúnde. Firmada por una gran mayoría de intelectuales cubanos, se atribuye su inspiración a Roberto Fernández Retamar, Edmundo Desnoes, Lisandro Otero y Ambrosio Fornet⁴⁰.

Más grave fue lo ocurrido en 1968, con ocasión de la intervención soviética en Checoslovaquia. Fidel, contra lo presupuestado, dio su respaldo a la URSS, lo que se interpretó como una prueba de lealtad a la ortodoxia de Moscú. Fueron los intelectuales europeos los más alarmados con el giro de Fidel, incubando un escepticismo que se confirmaría con el caso Padilla.

Los latinoamericanos, por su parte, tuvieron que esperar hasta 1971 para decepcionarse de la Revolución. Eran demasiados hechos, y todavía había que agregar las tensas relaciones entre el gobierno de Castro y la cultura, que poco a poco fue perdiendo su autonomía. De hecho, tras el caso Padilla se inicia en Cuba un período conocido como el "Quinquenio Gris" (1971-1976), caracterizado por la opacidad de la creación artística, convertida en instrumento para la difusión de ideas instructivas. Una especie de "sovietización de la cultura", en que la autoridad orientaba la inspiración de los artistas.

Muchos se convencieron de que la Revolución Cubana no era lo que parecía ser, y en eso el caso Padilla fue clave.

Todo lo anterior modificó diametralmente el clima intelectual en el continente. Aunque suene a perogrullada, los setenta no serían los sesenta. Las redes intelectuales lo sabrían mejor que nada. Pronto el consenso no giraría en torno a la lealtad a Cuba, sino en contra de las dictaduras militares, que propagadas por el continente establecían un nuevo escenario. ¿Cómo reaccionarán las redes intelectuales? ¿Desaparecerán, se adaptarán, se renovarán? Eso es otra historia...

⁴⁰ Edwards, Op. cit., p. 71.